

Daniel Innerarity

El futuro de la democracia



Galaxia Gutenberg

DANIEL INNERARITY

El futuro de la democracia

Galaxia Gutenberg

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: mayo de 2026

© Daniel Innerarity, 2026
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2026

Preimpresión: Fotocomposición gama, sl
Impresión y encuadernación: Sagrafic
Depósito legal: B 576-2026
ISBN: 979-13-88019-49-4

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Para Javier y Jon, en cuyas manos está

Este puede ser un momento en que todas las viejas historias que le dieron sentido al mundo estén colapsando. En este instante, antes de que llegue la próxima gran historia, una masa informe de billones y billones de fragmentos sin ningún sentido está precipitándose para tratar de llenar este vacío. Y por un breve lapso de tiempo en la historia quedamos sumergidos en un mundo que está completamente desprovisto de significado. Pero luego, desde un lugar que hoy no podemos siquiera imaginar, alguien empezará a ensamblar todos esos fragmentos de una forma completamente nueva. Y de ahí surgirá la próxima gran historia.

BENJAMÍN LABATUT,
La piedra de la locura

Todo futuro da motivos de preocupación. Ese es su sentido y esto vale también para el futuro de la democracia. Cuantas más cosas son posibles en el futuro, tanto mayor es la preocupación; esto vale especialmente para la democracia porque la democracia es un inusual mantener abiertas las posibilidades de elección futura.

NIKLAS LUHMANN

Índice

Introducción: Buenos contemporáneos	15
---	----

I

Fortaleza y debilidad de la democracia

1. Los malos y los males de la democracia.	25
2. La fascinación de lo peor	28
3. La inestable estabilidad de la democracia	34
4. Erosión y resistencia de la democracia	38
5. La oposición, al asalto	45
6. En nombre de la democracia.	50

II

La condición política: un elogio de Maquiavelo

1. La democracia y la verdad	65
2. El poder de la mentira.	72
3. Una defensa de la hipocresía	79
4. Desmoralizar la política	86
5. La contingencia política	92

III

Contra la polarización

1. ¿Polarización o cacofonía?	101
2. Análisis crítico de las grandes divisiones	107
3. Un espacio público hiperbólico.	110
4. La cordialidad política	114

IV

Otra interpretación de la crisis
de la democracia liberal

1. ¿Qué democracia?	123
2. ¿Qué crisis?	128
3. ¿Qué populismo?	133
4. Estado de derechas	137
5. La juristocracia.	143

V

¿Qué hacer con la extrema derecha?

1. El autoritarismo libertario	155
2. Los reaccionarios	163
3. La derecha antiintelectual.	170
4. Comprender al adversario	176
5. La coherencia de la extrema derecha.	180
6. Los miedos ajenos.	187
7. Algo hemos hecho mal	193
8. La euroderecha.	200

VI

Democracia e identidad

1. Una defensa de las políticas de la identidad. 211
2. Contra el antiwokismo 216
3. Sobre la corrección política. 221
4. La libertad de los privilegiados 225
5. Igualdad y diferencia 230

VII

Nuevos ámbitos de democratización

1. Democratizar el trabajo 239
2. Democratizar la migración 246
3. Democratizar el dinero 255

VIII

Tecnología y democracia

1. El futuro de la técnica y la democracia 271
2. La democracia de las recomendaciones. 275
3. Predecir el pasado. 279
4. La gente en la inteligencia artificial. 283

IX

La transformación democrática de la sociedad

1. La razón conservadora 313
2. La sociedad de las resistencias. 317
3. Transformar de otro modo. 324
4. Estrategias para la transformación 329

X

La democracia y el futuro

1. La ambivalencia del futuro	339
2. El futuro perdido	343
3. Democracias sin tiempo	347
4. La sociedad exponencial	358
5. El futuro del clima	364
6. Conservar la sociedad	370
7. Futuros amenazados, presentes perturbados . .	374
8. Cosas perdidas	381
9. El futuro en la democracia	387
Epílogo: El mundo que viene (o que vuelve)	395
1. El final de las grandes convergencias	397
2. La era de la predación	402
Bibliografía	411

Introducción: buenos contemporáneos

Uno de los más célebres pasajes de la literatura universal es el de aquel protagonista de *La Cartuja de Parma* que huye de Italia, se enrola en el ejército napoleónico, contempla el despliegue del ejército francés, oye el estruendo de la artillería, ve cómo pasan soldados a caballo, corre de un lado para otro, e incluso no reconoce a Napoleón cuando pasa a su lado, para acabar largándose en una desbandada. La pregunta a la que el joven Fabrizio no es capaz de responder es dónde había estado realmente. «Ve el triunfo y la derrota y, en fin, ve todo y no ve nada. Estuvo allí, en efecto, pero no sabría contar otra cosa que el asombro de no haber conseguido encontrar Waterloo en Waterloo». La ironía de Stendhal consiste en presentar a su personaje como alguien que mezcla curiosidad e ignorancia, que aspira a estar en el lugar más decisivo de su época y no se entera de nada.

Estar a la altura del propio tiempo, ser su testigo o protagonizarlo, no es algo que se consiga sin más vagando por el lugar de los hechos. ¿De qué hechos, además? Sólo está en la realidad quien la entiende e interpreta adecuadamente, pero ¿está eso a nuestro alcance mientras se suceden las cosas a un ritmo vertiginoso? ¿Hay algún procedimiento para saber ahora lo que sólo podríamos saber después, cuando tuviéramos suficiente perspectiva histórica y tal vez sea demasiado tarde?

No es fácil ser un buen contemporáneo porque no sabe uno qué está sucediendo realmente en medio del fragor de las noticias, las imágenes que se suceden, el ruido estremecedor y las opiniones tan diversas y con frecuencia contradictorias. Hay que darle a todo ello un orden y sentido, discriminar lo importante de lo accesorio, no confundir lo decisivo con lo llamativo. ¿En qué tiempo vivimos realmente? ¿Estamos en medio de acontecimientos que marcarán época o en una agitación improductiva? ¿Qué cosas van a durar y cuáles desaparecerán con la misma rapidez con la que irrumpieron? ¿Quién está atento y quién distraído? ¿Quién tiene razón entre tantos que anuncian con solemnidad que algo es «histórico» o formulan un «cambio de paradigma»? ¿A qué estamos asistiendo, siendo testigos o tomando parte? Entre las cosas que pasan, ¿de cuál podríamos decir en el futuro que habíamos estado allí? En pleno Mayo del 68 un profesor de historia de la Universidad de Marburgo colocó un cartel en la puerta de su despacho para reclamar silencio en el que se decía «Aquí se hace historia». Cuentan que en el momento inmediatamente posterior al atentado contra Kennedy un fotógrafo exigía a la mujer del presidente que le dejara el paso libre a la voz de «*this is history, lady*». ¿Quién tenía la perspectiva más real sobre lo que estaba pasando: los protagonistas de la revolución estudiantil o el estudioso de la historia, el fotógrafo o la esposa desconsolada? El mundo está lleno de acontecimientos de los que no sabríamos decir si se trata de casos aislados, casuales, trágicos, o de puntas de un iceberg, de irrupciones exageradas por los medios y que pronto desaparecerán o de eventos que anuncian una tendencia general o un nuevo ciclo político.

Los contemporáneos tienden a exagerar el momento presente y su significado. Cuántas cosas hemos dado

por muertas y han regresado o tal vez ni siquiera se habían ido de verdad y no nos habíamos dado cuenta. Por lo general, aquello que tenemos en el horizonte inmediato no es lo que será históricamente relevante. Hay cambios profundos en la realidad que apenas se perciben y movimientos compulsivos que no dejarán ninguna huella. El paso del tiempo tritura lo que parecía estable y da lugar a cosas inéditas. Los medios aseguran estar informándonos de lo que realmente ocurre, pero también sabemos que escuchan lo más ruidoso, que no siempre es lo más importante; que el tipo de novedad que anuncian caduca con una vertiginosa rapidez. Las agendas políticas no aciertan a formular las verdaderas prioridades de nuestro tiempo y los programas políticos, escritos para dar solidez a las políticas con una cierta duración, envejecen y caducan a medida que cambian las prioridades por la irrupción de acontecimientos imprevistos. No estamos sabiendo anticiparnos a los cambios y las crisis, pese a que no nos faltan tecnologías y recursos de predicción. Algo deberíamos haber aprendido del hecho de que en los últimos años haya habido tantas cosas que nos han sorprendido: las actuales guerras, la pandemia, el Brexit, algunos resultados electorales, la indignación, ciertos atentados terroristas, el #MeToo, la magnitud del cambio climático, la crisis económica... Tengo la impresión de que vivimos en una gigantesca distracción colectiva. La agitación, personal y colectiva, puede ser una gran pérdida de tiempo.

Acertará en el futuro quien no se someta ahora al capricho de la atención pública y sea capaz de conceder importancia en el presente a cosas que tal vez sólo sean incipientes, a las tendencias de fondo, a lo latente. La relación entre el fondo y la superficie, entre lo visible y lo que no se ve, inquieta a muchos, pero tiene también

algo que la hace interesante: no se trata de misterios u ocultaciones interesadas, sino de cosas que simplemente no se veían hasta ahora. Para la filosofía esto no es muy novedoso, pues siempre ha sabido que el mundo tal como se nos presenta no es idéntico al mundo como realmente es, y las crisis imprevistas nos lo vuelven a recordar. El filósofo Theodor Adorno formuló el imperativo del buen contemporáneo, según el cual hemos de mantener viva la conciencia de que, en medio de la ostentación y el alboroto, «algo falta». Esta divisa se basa en el presentimiento de que la clave que podría explicar lo que realmente nos pasa, quiénes son los verdaderos protagonistas de la historia y cuáles son los espacios en los que se está procediendo a los verdaderos cambios sociales no se encuentra en el horizonte establecido de visibilidad y vigilancia. El oficio de profeta está desacreditado, pero quien se limita a registrar los hechos tampoco nos será de mucha ayuda porque en una sociedad acelerada necesitamos de buenos contemporáneos que, en la academia, en los medios, en la política y en los más diversos oficios, vean las ausencias, escuchen los silencios, señalen las carencias y se adelanten a lo que podría suceder.

La democracia, tan desafiada actualmente, es una de las cosas cuya consolidación y mejora no sabemos exactamente qué nos está requiriendo: ¿indignación ante sus enemigos o serenidad confiada en su resistencia? ¿Son debidos sus males a la incompetencia de los dirigentes o a la estupidez de las masas? ¿Hasta qué punto podemos confiar en quienes aseguran defenderla? La historia de la democracia ha estado siempre acompañada por ese tipo de dilemas, lo cual parece indicarnos mucho acerca de su naturaleza, de ese equilibrio inestable en el que se articulan y renegocian los principios que la caracteri-

zan. En este libro no hablo de su agitada historia sino de su incierto porvenir. Me he permitido tomar prestado el título a Norberto Bobbio (1984), quien hace poco más de cuarenta años se planteaba una pregunta similar. Su estudio nació, por cierto, a partir de una conferencia pronunciada en 1983 en el Congreso de los Diputados de Madrid. Releído ahora, aquel libro me parece que sigue siendo muy pertinente, pero el cambio de contexto aconsejaba enfocar ese futuro de una manera muy diferente. Recordemos que los años ochenta del siglo pasado eran una época triunfante para los regímenes democráticos y que muchas de sus debilidades y amenazas no eran siquiera previsibles, por no hablar de los nuevos asuntos y tecnologías que deben ser abordados dentro del marco de valores de la democracia. Si la democracia es una forma de gobierno abierta al cuestionamiento y la renegociación de lo que se daba por establecido, la reflexión acerca de ella no está menos obligada a revisar sus conceptos, prácticas y previsiones.

Bratto, Val Seriana, 15 de septiembre de 2025

I

Fortaleza y debilidad de la democracia

Hablar del futuro de la democracia es hablar de algo inexistente porque lo que define a la democracia es que pone el futuro en nuestras manos y los seres humanos somos en buena medida impredecibles. Podríamos tomar mejores o peores decisiones, pero también (y esto es lo que nos estamos preguntando cuando nos inquieta el futuro de la democracia) podría ser que cerráramos nuestras decisiones futuras, que tomáramos decisiones ahora que nos imposibilitaran modificarlas más adelante. La tarea más importante de la actual democracia es hacerla viable en el futuro. La democracia del futuro será algo distinta de la democracia actual porque si fuera la misma la democracia no tendría ningún futuro. Sobrevivirá si consigue asegurar su viabilidad en medio de las amenazas y desafíos que se le plantean ahora y en el futuro.

I

Los malos y los males de la democracia

La democracia es el gran tema de nuestro tiempo: qué va a pasar (mejor, qué vamos a hacer) con esta configuración política que trata de realizar el autogobierno de los humanos, teniendo en cuentas las múltiples dificultades a las que se enfrenta. La cuestión es cómo articular gobiernos eficaces con participación política, expertos y ciudadanía, soberanía y responsabilidad, razones y emociones, dadas las actuales condiciones, especialmente la complejidad de las sociedades contemporáneas. El futuro de la democracia depende de que seamos capaces de resolver este puzle y combinar equilibradamente todos estos requerimientos teniendo en cuenta que hay personajes, ideologías, crisis y nuevos entornos tecnológicos que la están sometiendo a una prueba de esfuerzo considerable.

Entre las principales amenazas a la democracia se encuentran quienes tienen un programa para subvertirla, eso que podríamos llamar «los malos», bajo los formatos más diversos (autoritarios, golpistas, demagogos, intrusos), pero también las condiciones en las que resulta inviable (desinformación, ignorancia, crisis, desigualdad). Hay circunstancias para las que no estaba pensada (mundo interdependiente, creciente complejidad, integración europea, diversidad y heterogeneidad social, espacio público caótico, nuevo entorno tecnoló-

gico). Los seres humanos tendemos a buscar causas personales para explicar los problemas sociales y nos sentimos más reconfortados con las explicaciones que remiten nuestros problemas a la intención de unos malvados que apelando a una interacción fatal o a las dificultades estructurales. La identificación de un culpable (que en muchas ocasiones existe, por supuesto) alivia más que una explicación por la irresponsabilidad colectiva o la simple chapuza. Hay múltiples candidatos a ocupar ese privilegiado lugar desde donde todo se desvela y resuelve: pueden ser los fascistas de siempre, los conspiradores o las redes sociales, ahora culpabilizadas de todo lo malo que nos pasa. Seguimos hablando de peligros cuando deberíamos esforzarnos en medir los riesgos, nos manejamos mejor en un entorno de causas que de probabilidades, de corrupción que de torpeza, de enemigos que de rivales, de individuos que de estructuras.

Cuando se habla, por ejemplo, de las amenazas a la democracia en el espacio digital, inmediatamente se piensa en las injerencias electorales y no en las penosas condiciones de nuestro entorno informativo o en la mala calidad de la conversación pública; prestamos demasiada atención al momento electoral del proceso político (donde se da la máxima personalización y antagonismo) y mucho menos de la debida a lo que vaya a hacerse después; preferimos entender lo malo que nos pasa como crisis exógenas que endógenas, pues mientras que las primeras lo explican todo a partir de causas externas o accidentes, las segundas nos sitúan frente a responsabilidades propias, riesgos generados por nuestras propias acciones. Siendo importantes las amenazas exteriores, merecen más consideración las que proceden de nosotros mismos, esa esfera de estupidez colectiva que ha generado la mayor parte de nuestros problemas

sociales, que no tienen el carácter de un meteorito procedente del exterior ni se resuelven con el hallazgo de un chivo expiatorio. La denominada «tragedia de los bienes comunes» (Hardin, 1968) describe el daño que nos hacemos a nosotros mismos cuando nuestro horizonte se reduce a la competición cortoplacista o la maximización del interés individual, de lo que es un buen ejemplo (o un pésimo ejemplo, si se prefiere) la actual crisis climática.

La democracia tiene no pocos enemigos, por supuesto, pero también muchas debilidades propias. Examinemos estas y no nos consolemos con reducirlo todo a la perversidad de los enemigos. Hay malos, pero también males y tal vez estos sean más relevantes y más dañinos que aquellos. La fijación en la maldad ajena puede distraernos de la configuración de instituciones con vocación de permanencia más allá de quiénes las dirijan. Es preferible trabajar para que haya buenas instituciones y regulaciones que confiarlo todo a las buenas intenciones de quienes estén eventualmente al mando. En cualquier caso, si los malos en el poder pueden hacernos tanto daño como tememos o desean es porque las instituciones están mal diseñadas. Los errores de las personas sólo adquieren grandes dimensiones si hay fallos sistémicos.

La fascinación de lo peor

El mundo nos está quedando tan mal que cualquier descripción de sus crisis y sus malvados parece quedarse corta. Todo habría sido retratado ya en la serie *House of Cards*, que dejó a otras series anteriores como retratos ñoños e ingenuos. Quienes aspiran a protagonizar la vida colectiva y atraen nuestra atención son narcisistas grotescos, dedicados a la intriga y la manipulación, de un cinismo supino. La política es representada, en la ficción y en algunos análisis muy sesudos, como un espacio sin valores ni ley, donde rige un poder ejecutivo caníbal, las relaciones de fuerza se imponen y los voraces devoran a los débiles. Por supuesto que esta imagen responde a muchas de las cosas que pasan en la política, desde siempre y en el momento actual, pero me pregunto qué exagera y qué omite, si su dramatismo no está motivado por esa fascinación que ejercen los mecanismos arcaicos del poder, por querer explicarlo todo a partir de la voluntad de los hombres fuertes y la brutalidad de la dominación. Hay una paradójica tranquilidad que produce explicarlo todo como si lo peor hubiera triunfado ya completamente.

Los poderosos sin escrúpulos nos repugnan y seducen al mismo tiempo; cuando explicamos todos los males de la sociedad por su autoritarismo les concedemos un valor que no merecen y nos condenamos a la

impotencia desesperada y paralizante. Al convertirnos en simples espectadores o víctimas desactivamos la potencia inscrita en la indignación y nos entregamos al fatalismo autoritario. La primera lección del activismo democrático es saber que uno de los mecanismos de los poderosos es hacernos creer que pueden más de lo que pueden. Nada podían haber deseado más que ese desempoderamiento voluntario que les ofrecemos.

Aunque este espantoso relato sea cierto en buena parte, reduce la política a sus expresiones más espectaculares y parece ignorar el desempeño discreto de tantos de sus actores. Al explicar la vida política como si en ella todo se redujera a una cuestión de poder damos a entender que, efectivamente, no es posible actuar de otra manera; esa caracterización puede estar sugiriendo cínicamente que, para hacer frente al autoritarismo, deberíamos elegir a líderes que actuaran en sentido contrario pero de la misma manera, es decir, que ejercieran un autoritarismo benefactor. Como si el problema fueran solamente los objetivos y no también los procedimientos.

No digo que esto no pueda acabar mal sino que el modo como diagnosticamos la realidad puede frenar o acelerar ese final indeseable. Y al contrario: hay una forma implícita de resistencia en las descripciones equilibradas, que no se dejan impresionar por el poder ostentoso, cuyo daño aumenta con la atención que torpemente le prestamos. No es una cuestión de optimistas frente a pesimistas, de ingenuos frente a lúcidos, sino sobre qué tipo de descripción de la realidad política es más verdadera y cuál favorece más a los autoritarios: si diagnosticarla como un conjunto de hechos brutales o, sin renunciar a la crítica del poder, incluir en la des-

cripción aquellos otros elementos que revelan sus limitaciones.

La cuestión que deberíamos plantearnos es a quién beneficia esta explicación derrotista de la política. El poder quiere impresionar y el poder autoritario quiere atemorizarnos hasta la desesperación. La victimización nos debilita todavía más que el sometimiento. No tenemos por qué creer las exhibiciones de fuerza de los autoritarios, que pueden ser, en el fondo, manifestaciones de debilidad.

Una consecuencia indirecta de todo ello es que consagra la desigualdad, uno de los objetivos más codiciados de los líderes autoritarios. Dramatizar la catástrofe, describir la realidad como si estuviéramos al borde del abismo, hablar de la humanidad amenazada en vez de las clases vulnerables, implica minusvalorar las diferencias que nos hacen diversamente frágiles ante las crisis y, por tanto, es una forma de desentenderse de la desigualdad; el riesgo nos afecta de manera diversa y hablar de una hecatombe permite no tener que hacerlo de los pobres y de los vulnerables, ni de las políticas que atenuarían su impacto en los diferentes grupos de población. Todos somos iguales en la desesperación, pero diferentes en las situaciones concretas de injusticia. David Sipress, el célebre humorista de *The New Yorker*, dibujaba una viñeta en la que un paciente le dice a su psicólogo: «Tuve que dejar de ver las noticias. Estaban haciendo que mis propios problemas me parecieran insignificantes». El ruido apocalíptico funciona como una estrategia de distracción para que no incordiemos al gobernante con nuestros problemas particulares.



*"I had to stop watching the news—it was making
my own problems seem insignificant."*

La historia de la democracia es la historia de una forma de gobierno frágil y resistente a la vez, asediada y victoriosa sobre la opresión. La política no es una selva donde sólo reina la ley de la fuerza; en ella también se pone de manifiesto que es posible gobernar sin humillar ni imponer. Uno de los pasajes de la historia de la filosofía más ilustrativos a este respecto es el célebre diálogo entre Calicles y Sócrates en el *Gorgias* de Platón. Frente a una supuesta inevitabilidad del dominio de los fuertes sobre los débiles, Sócrates no defiende un angelismo moral, sino el valor de una fortaleza distinta: la del dominio de sí y el combate por la justicia. El ideal republicano consiste en que haya una regla común que no se impone sólo a los demás sino también a uno mismo. En las mismas sociedades en las que los autoritarios avanzan e incluso llegan al poder sigue habiendo, pese a

todo, una cultura política inclusiva, anticontralista, promotora del gobierno abierto, donde la conversación es posible aunque sea cada vez más difícil, las instituciones se hacen valer y los servicios públicos cuentan con un amplio respaldo.

Las descripciones que todo lo explican por el poder de unos malvados tienen el efecto indirecto de presentar al pueblo con un victimismo que lo aproxima a la estupidez, como manipulado por los algoritmos o cómplice de sus tiranos. Hay muchas situaciones de dominación, por supuesto, pero no somos una sociedad tan anómica, alienada y sumisa como la describen los analistas más críticos y la desearían los autoritarios. En medio de las pulsiones autoritarias (y en buena medida como su justa respuesta) las sociedades se movilizan, hay campañas de contestación, expresiones de indignación y solidaridad, formas de resistencia y protestas. Todo ello es amplificado por la digitalización de un modo que ninguna institución clásica hubiera podido llevar a cabo. Aunque se les haya culpabilizado de casi todo, las redes sociales son una conquista democrática que ha horizontalizado la conversación pública; no debemos considerarlas sólo como un espacio de manipulación colectiva porque, además de desinformación y radicalismo, hay en ellas un vector de democratización que no podemos minusvalorar.

Maquiavelo, un autor a quien sólo consideran maquiavélico los que no lo han leído, decía que en *El Príncipe* había enseñado a los tiranos cómo conquistar el poder, pero también a los pueblos cómo resistirse a ellos. Al revelar los mecanismos del poder contribuyó a que dejara de ser considerado como natural e inmutable. Sus *Discursos sobre la primera década de Tito Livio* se centran en la organización republicana, la defen-

sa de las libertades y la capacidad de los pueblos para defenderse de la opresión, introduciendo conceptos como las virtudes cívicas y el equilibrio de poder. No somos impotentes frente al poder, tampoco frente al que se pretende absoluto. En los momentos más brutales de la historia suele haber un resquicio para resistir y oponerse. Su conocida distinción entre la fortuna y la virtud, entre lo que no está en nuestras manos evitar y lo que, en cambio, podemos modificar, es una lección de resistencia frente al fatalismo. El pensador florentino ponía el ejemplo de las inundaciones devastadoras que lo destruyen todo sin que en ese momento podamos hacer casi nada, mientras que en tiempo de calma es posible prevenir y preparar las cosas para que las aguas no hagan tanto daño. Incluso cuando todo parece conspirar para que se imponga la fortuna más despiadada, hay oportunidades para el trabajo de la virtud.

Quienes pensamos y escribimos acerca de la política tenemos la obligación de hacerlo fieles a la realidad, pero sin dar más motivos a la desesperanza de los que ya ofrece el mundo duro y mediocre en el que vivimos. No podemos naturalizar la violencia como si fuera, además de una parte penosa de la realidad, una lógica inevitable que todo lo explica y fuera de la cual no habría más que ingenuidad y resignación. No todo lo que pasa se explica por la imposición de individuos poderosos; existen dinámicas sociales que no son dóciles al poder y hay liderazgos más compartidos y menos teatrales cuyos resultados tienen mayor envergadura y persistencia que la violencia autoritaria. Con ello no estoy formulando un deseo sino tratando de que el cuadro en el que describimos la realidad política sea más completo y no el resultado de la fascinación que lo peor ejerce sobre nosotros, también sobre sus más fervientes críticos.